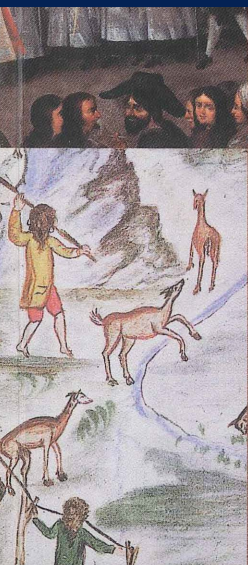




El hombre y los Andes

Homenaje a Franklin Pease G.Y.

Capítulo 5



Javier Flores Espinoza
Rafael Varón Gabai (editores)



Tomo I

Este libro corresponde al tomo 161 de la colección Travaux de l'Institut Français d'Études Andines (ISSN 0768-424X)

© Por el Fondo Editorial de la
Pontificia Universidad Católica del Perú
Plaza Francia 1164, Lima-Perú
Teléfonos: 330-74 10, 330-74 11
Telefax: 330-7405
Correo electrónico: feditor@pucp.edu.pe

Derechos reservados

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

ISBN: 9972-42-512-6 (rústica)
No. de Depósito Legal: 1501052002-5220 (rústica)
ISBN: 9972-42-513-4 (tela)
No. de Depósito Legal: 1501052002-5221 (tela)

Impreso en el Perú - Printed in Peru
Primera edición, diciembre de 2002

Fotografía de solapa

Franklin Pease García Yrigoyen en el decanato de la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica del Perú, en noviembre de 1998. Archivo Franklin y Mariana Pease.

Fotografías de carátula

Peruviae Auriferae Regionis Typus (1574), Diego Méndez. Biblioteca Nacional del Perú
Don Felipe Túpac Amaru I (siglo XIX), Anónimo. Museo Nacional de Arqueología,
Antropología e Historia del Perú

El Inicio de la Procesión (siglo XVII), Anónimo

La Procesión del Corpus Christi en el Cuzco. Arzobispado del Cuzco (Fotografía: Daniel Giannoni)

Chaco de vicuñas (detalle). *Trujillo del Perú (siglo XVIII)*, Baltasar Jaime Martínez Compañón (Fotografía: Daniel Giannoni)

Descensión de la virgen al lugar sagrado del Sunturhuasi, Anónimo. Iglesia del Triunfo, Catedral del Cuzco (Fotografía: Colección Privada)

FLORES ESPINOZA, Javier F., ed.
El hombre y los Andes. Homenaje a Franklin Pease G.Y./
Javier Flores Espinoza y Rafael Varón Gabai, eds.--
Lima: PUCP, 2002.

/PEASE GARCÍA YRIGOYEN, FRANKLIN/BIOGRAFÍAS/BIBLIOGRAFÍAS/
POBLACIÓN INDÍGENA/INDÍGENAS/ CONQUISTA/COLONIA/
ETNOHISTORIA/HISTORIOGRAFÍA/ICONOGRAFÍA/ETNOGRAFÍA/
ARQUEOLOGÍA/ANTROPOLOGÍA/HISTORIA/PERÚ/COSTA/SIERRA/
HISTORIA DEL ARTE/HISTORIA ECONÓMICA/HISTORIA DEMOGRÁFICA/
LINGÜÍSTICA/CRÓNICAS/

El pasado prehispánico en la obra de José Toribio Polo

DESDE EL PUNTO DE VISTA historiográfico, el siglo XIX adquirió una singular importancia en el Perú, pues la confección de una historia patria fue entendida como requisito necesario para fijar y arraigar la conciencia nacional. Por lo tanto, la atención se concentró en el proceso de la independencia y de los primeros años de la república, es decir, en las cuestiones más inmediatas que preocupaban al naciente país. Se descuidó el tiempo prehispánico y las empresas descubridoras fueron calificadas como invasiones, puesto que de acuerdo a la visión de aquella época, la mejor forma de definir la nacionalidad era diferenciándola del dominio que había ejercido la anterior metrópoli (Pease 1993a: 98).² Manuel de Mendiburu y Mariano Felipe Paz-Soldán, quizá los dos historiadores más importantes de la primera parte de ese siglo, con las grandes diferencias que entre ellos existen, pueden responder a las características antes descritas. Con el paso de los años, nuevas generaciones incluyeron otras temáticas en sus estudios, como la época prehispánica. José Toribio Polo ciertamente es un ejemplo de esto último.

Don José Toribio Polo Valenzuela nació en Ica en 1841 y falleció en Lima en 1918. Trabajó en diversos repositorios documentales, como el archivo del Cabil-do eclesiástico o el del Tribunal de Cuentas; también en la Biblioteca Nacional, institución de la que fue subdirector.³ Su obra histórica abarcó el pasado prehispánico, la época colonial y los tiempos precursores, aunque fue el segundo periodo el que más llamó su atención. Biografió a los que consideró grandes hombres de aquel momento, especialmente a los personajes eclesiásticos, para así revalorizar los aspectos positivos de esta etapa y, mediante el género biográfico, reflejar la historia de esa época. En muchos de estos artículos hubo conclusiones poco acertadas.

- 1 Deseo reiterar mi deuda con el doctor Franklin Pease G.Y. Con su ejemplar y conocida maestría, él supo estimular y guiar mi interés por el estudio de la obra de José Toribio Polo y el análisis historiográfico.
- 2 Además del interesante artículo de Pease (1993a), para tener una visión general de la historiografía peruana en el siglo XIX puede revisarse Burns (1978), Guerra (1989), Guerra M. (1994), Porrás (1954), Riva-Agüero (1965a), Rivera (1980), Vargas Ugarte (1959).
- 3 Una biografía del personaje en Dager Alva (1996: 7-63).

das, pero contribuyeron al conocimiento histórico y fueron utilizados por historiadores de las generaciones venideras. Polo, además, como hombre de su tiempo, reclamó constantemente la existencia de esa gran Historia Nacional, y creyó que ella, además de referirse a lo civil y a la política, debía incluir también aspectos eclesiásticos, etnográficos, geográficos y literarios.⁴

En el presente artículo centraremos nuestra atención en los trabajos de Polo referidos al pasado prehispánico. Él elaboró una monografía sobre la “piedra de Chavín”, pieza arqueológica que hoy conocemos como la “Estela Raimondi”, y otra sobre los uros del Perú y Bolivia. En esas investigaciones podemos notar una manera más audaz de abordar la investigación histórica y la adopción de algunas nociones propias del evolucionismo que popularizó Herbert Spencer. Además, para Polo, como para los historiadores de su tiempo, en el análisis de la época prehispánica, los estudios etnográficos adquirirían particular importancia al igual que la geografía, la que nos ilustra el contexto en el que se desarrolló la civilización estudiada. Asimismo, su crítica al *Diccionario* de Mendiburu nos permitirá apreciar las diferencias generacionales en la metodología histórica a la hora de estudiar el pasado incaico. Comenzaremos con una introducción general acerca del uso del evolucionismo spenceriano en la época que publicó José Toribio Polo.

El uso del evolucionismo de Spencer

En el último tercio del siglo XIX se empezó a investigar las antiguas sociedades andinas de manera seria y continua. Aquellos trabajos, en palabras de Víctor Andrés Belaunde (1987: 72), se caracterizaron por el intento de rastrear los diversos grados de “civilización” y “progreso” a los que había accedido el Tahuantinsuyu —por ejemplo—, ciertamente influidos por las teorías de Spencer. Bradford Burns (1978: 414) acertadamente ha señalado que los historiadores latinoamericanos del siglo XIX seguían la noción de progreso postulada por Spencer, es decir lo entendían como aquella marcha lineal y evolutiva hacia el establecimiento de la perfección.⁵ Dicha forma de entender el progreso fue muy común entre los intelectuales de la época.⁶ Realmente los sedujo, al punto que según Jorge Basadre (s.f.: 22), “atrasado e ignaro pareció entonces todo aquel que no se extasiara ante una idea del siglo XIX que la sintió como ningún otro: la idea del progreso”. Es por ello que Belaunde (1987: 72), al estudiar las obras de Prescott, Lorente y Wiener, subraya que la preocupación central de estos investigadores fue establecer qué grado de evolución, perfección o progreso habían logrado las culturas prehispánicas (Belaunde 1987: 72).⁷

4 Para un análisis más detenido de la producción histórica y geográfica de Polo, véase Dager Alva (1997, 1999).

5 Jorge Basadre (1961-64, VII: 155-58) y David Sobrevilla (1980: 155), quienes se han ocupado en más de una ocasión del tema, comparten plenamente la opinión de Burns.

6 Vale la pena subrayar que algunas publicaciones periódicas limeñas dieron a conocer trabajos de Spencer. Por ejemplo, en el año 1885, en varios números de *La Revista Social* (Nos. 16-25), se publicó el artículo de Spencer: “¿Cuál es el saber más útil?”.

7 Estas afirmaciones calzan perfectamente con el caso de José Toribio Polo, quien —como veremos— en su trabajo *Los uros del Perú y Bolivia* concluyó que estas poblaciones no habían logrado adaptarse al progreso y que se mantenían en estado primitivo.

En el Perú historiográfico de la segunda mitad del siglo XIX, el positivismo tuvo como una de sus principales características la de seguir las teorías spencerianas. Ahora bien, los positivistas del Viejo Mundo, según Collingwood (1990: 31), creyeron que “el proceso histórico era de idéntica especie al proceso natural, y por eso los métodos de la ciencia natural eran aplicables a la interpretación de la historia”; además trataron de descubrir y exponer los hechos mismos, en los cuales se encontraría la verdad. Sin embargo, el positivismo (entendido de aquella manera) en la historiografía peruana del momento no se desarrolló en todas sus implicancias, precisamente por la influencia de Spencer. En efecto, Augusto Salazar Bondy (Salazar Bondy 1965: 6) afirma que la “filosofía de Spencer fue reconocida y exaltada en el Perú como la más genuina realización de los ideales positivistas”. Pero, inmediatamente agrega: “es sabido que el spenciarismo fue sólo a medias positivismo. En el Perú, en cambio, resulta positivismo genuino” (Salazar Bondy 1965: 6). Esta precisión adquiere particular relevancia porque en el Perú del siglo XIX muchos de aquellos trabajos no son en puridad positivistas, por las diversas interpretaciones y especulaciones que allí pueden hallarse. Los trabajos de José Toribio Polo son un buen ejemplo. Entonces, el desarrollo del positivismo en el Perú de dicho siglo estuvo marcado por la influencia de Spencer con su visión organicista y evolutiva de las sociedades (Pease 1987: LXXI), pero el spencerianismo, ya lo dijo Salazar Bondy, es “sólo a medias positivismo”.⁸

En la *Revista Peruana*,⁹ por ejemplo, se iniciaron los estudios serios sobre el Tahuantinsuyu. Fue allí donde Sebastián Lorente dio a conocer su *Historia de la civilización peruana* (1879: 5-15, 81-89, 161-64). Esta obra es un buen ejemplo de la presencia de elementos que podríamos relacionar con el positivismo, como nociones evolucionistas y referidas a las leyes por las que estaría regida la historia. Nos dice el autor que es importante el orden en la historia, porque es “constante la relación entre las causas y los efectos, enlazándose siempre con el pasado y con el presente”; además existirían “leyes que presiden el destino del hombre” (1879: 88-89). Sin embargo, no es un positivismo puro porque Lorente, a renglón seguido, nos dice que es necesario aplicarle a los estudios históricos “la filosofía de la historia”, dado que “*la crítica* ha renovado en nuestro siglo la historia del antiguo mundo” (1879: 89; subrayado nuestro).

Manuel González de la Rosa publicó, también en esta revista, “La historia de los Incas” de Pedro Cieza de León y fue el primero que acertadamente se la atribuyó al cronista, aunque el manuscrito ya fuese conocido (Pease 1986a: XII). En el

8 La corriente positivista, según Salazar Bondy (1965: 6), se introdujo en el Perú hacia 1860, teniendo su máxima vigencia entre los años 1885-1915. El ocaso de esta corriente en el Perú se relacionó con la declinación del evolucionismo spenceriano.

9 La *Revista Peruana* fue fundada por Mariano Felipe Paz-Soldán, a la sazón Ministro de Instrucción, en 1879. Desde el “prospecto” del primer número, los editores establecieron claramente sus intenciones. Afirmaron que no se ocuparían de la política presente sino de la del pasado, “porque es más fácil estudiar la anatomía sobre un cadáver, que sobre un ser que se mueve y grita, cuando siente la acerada hoja del escalpelo”. La *Revista Peruana* fue la revista de los historiadores. Aunque tuvo antecesores en la *Revista de Lima* o *El Correo del Perú*, esfuerzos importantes pero sin total fortuna, ella fue la primera publicación especializada de esta índole que permitió debates científicos relacionados con nuestra disciplina.

estudio introductorio, como historiador del momento y para garantizar su probidad científica, afirma: "El presente artículo no ha tenido más objeto que demostrar la autenticidad de la obra de Cieza" (González de la Rosa 1879: 136). Lograda esta demostración, en el pensamiento del presbítero, se avanzaría notablemente en el conocimiento de la civilización incaica, porque para ello son imprescindibles los documentos. No puede, según él, retratarse de una plumada una época histórica "sin tomarse el trabajo de registrar y meditar los mil protocolos que se hallan diseminados" (González de la Rosa 1879: 37). Por último, pareciera referirse a Lorente, aunque no lo mencione directamente:

"Lo que se acostumbra a llamar filosofía de la historia, no se concibe donde la historia misma aún no existe; ésta presupone las crónicas generales o particulares" (González de la Rosa 1879: 37).

La anterior polémica es particularmente interesante porque nos muestra dos tradiciones historiográficas distintas. En un reciente ensayo fundamentalmente bibliográfico, George Vásquez pretende resumir las principales características de la producción histórica latinoamericana durante el siglo XIX. Allí cita al historiador argentino Enrique de Gandía, quien postulaba que el debate historiográfico propio del siglo anterior enfrentó a los historiadores que buscaban reconocer las ideas que dominaban la historia con aquellos que se oponían a "hacer historia filosófica sin conocer previamente los hechos en toda su perfección crítica" (Gandía, en Vásquez 1996: 132). Efectivamente, Sebastián Lorente y Manuel González de la Rosa representan visiones distintas de entender la metodología, que manifiestan diferencias generacionales y que se suceden a la vez que José Toribio Polo publica. Como veremos, él se nutrió de ambas: se permitió especular, en sus estudios prehispánicos, quizás hasta más que González de la Rosa, e incluso aconsejó utilizar además de las crónicas otro tipo de documentos; sin embargo no siguió totalmente a Lorente, a quien acusó de imaginativo.¹⁰

Otra de las características del estudio de la época prehispánica fue que los historiadores se ocuparon del territorio, del aspecto geográfico, como una "introducción ilustrativa al estudio de la civilización" (Belaunde 1987: 76). En ello también podemos observar la influencia de la historiografía europea y cómo nuestros historiadores conocían y usaban sus postulados. Gooch (1942: 576, 570-71) afirma que desde la segunda mitad del siglo XIX, "el escenario fue la primera consideración" en los estudios europeos sobre la civilización, a partir de la insistencia de Karl Ritter en la necesidad de la disciplina geográfica para este tipo de investigaciones. Más aún, Hellwald, hacia 1874, llegó a sostener que el desarrollo cultural era un proceso natural condicionado por la raza, la geografía y el clima, postulado que logró alcanzar una importante difusión (Gooch 1942: 581). De hecho, Belaunde (1987: 71-75) encuentra muy presente la importancia del estudio del aspecto geográfico en las obras de Prescott, Lorente y Wiener. Ésta fue una idea tan arraigada en nuestro medio que cuando Ricardo Palma (1951: 369) realizó su ácida crítica al *Compendio de Historia del Perú* del Padre Cappa, afirmó que ese texto "empieza

10 La crítica de Polo (1870) es en realidad áspera. Decía él que si algún lector gusta de la historia novelada, encontrará en la obra de Lorente "trozos galanes y pinturas de manos maestras".

por no dar idea geográfica del país, teatro de los acontecimientos en que el historiador va a ocuparse".¹¹

La piedra de Chavín

Entre 1891 y 1892, José Toribio Polo publicó en la *Revista Americana*¹² una extensa monografía sobre la "Piedra de Chavín". El artículo describe de manera minuciosa el edificio chavín denominado "El Castillo" y la simbología de los grabados presentes en lo que hoy se conoce como la "Estela Raimondi". Polo considera que la Estela pertenece al tiempo de los incas, y aunque cree que la construcción del Castillo ha debido de ser anterior, afirma que éste formaba parte de la línea militar del imperio y que su objetivo era conservar la integridad del territorio conquistado (Polo 1900: 4).

Además aprovecha la ocasión para especular sobre el origen de las antiguas sociedades andinas. Polo afirma que es muy probable el origen caldeo de los antiguos peruanos, "tal como recientemente ha sostenido Patrón". Esas tradiciones —así lo cree nuestro autor— recordarían a las asiáticas, como por ejemplo el culto a la serpiente, "objeto sagrado en época de los Incas". Sin embargo, él está más inclinado a pensar que este origen debe de provenir de Egipto, por las grandes semejanzas que encontraría entre la civilización inca y la egipcia (1900: 7-17).¹³

En esta medida se ocupará de las creencias religiosas de los incas. Él sigue a los cronistas al afirmar que los hombres del Viejo Mundo llegaron al Nuevo siendo monoteístas, creyendo en el Dios verdadero, pero aquí poco a poco se habrían apartado de esta creencia, acercándose al politeísmo. Ese inicial monoteísmo lo ve probado en el hecho de que aquellas poblaciones andinas habrían profesado la creencia en un único Dios, principio de todo, creador y alma del mundo, llamado en algunas regiones Pachacamac, en otras Wiracocha o también Inti. Ahora bien, anterior a estas divinidades sería el dios Con, perteneciente a una civilización que precedió a los incas, y adorado por ser un dios incorpóreo, creador del cielo y de la tierra. Sería a esta inicial creencia a la que posteriormente se le aplicaría, según las regiones, los nombres de Pachacamac o Wiracocha (Polo 1900: 17 y sigts.). En esta apreciación, pues, lo observamos muy influido por las afirmaciones de los cro-

11 En varias de las monografías de Polo podemos notar que él también utilizó los datos provenientes de la geografía para construir la historia y ofrecer el contexto en el que se desarrolló la civilización, en especial aquellas referidas al tiempo prehispánico. Pero no sólo en ellas, sino también cuando se ocupó de biografar a los obispos de Arequipa y Trujillo, puesto que allí consignó un acápite introductorio en el que dio cuenta de la región (Dager Alva 1996: 96-111).

12 Esta publicación fue fundada en 1891 y José Toribio Polo fue su director literario. Se trataba de una revista con intereses amplios: literatura, artes, ciencia e industria. También se nota claramente el interés histórico, ya que en el prospecto del número inicial se nos informa que pretendían "hacer conocer al Perú incásico en todo su apogeo, en la época colonial y en la presente; la fisonomía de sus hombres prominentes". La *Revista Americana* no tuvo la trascendencia ni especificidad de la *Revista Peruana*, pero acogió diversos artículos históricos y publicó documentos inéditos.

13 Páginas más adelante, Polo (1900: 45-46) señala varias semejanzas entre los antiguos egipcios y los incas. Algunas de las que él cita son el culto a la serpiente y al sol, la preferencia por la agricultura, el embalsamamiento de cadáveres, etc.

nistas, en especial Cieza y Betanzos. De ellos obtiene sus hipótesis sin que podamos percibir cuestionamiento alguno.

Sin embargo, Polo sí empieza a dudar acerca del hecho de que en tiempos del Tahuantinsuyu sólo haya existido el culto oficial, puesto que al ocurrir la invasión quechua, los incas se encontrarían con sociedades que poseían una definida organización religiosa, y lo que ellos habrían hecho sería superponer el culto al Sol a los ya existentes. Hubo, por consiguiente, una amalgama de ideas y prácticas. Conclusión ciertamente importante que Polo redondea al afirmar que se aceptó el culto oficial “sin borrarse por completo la memoria de las divinidades antiguas” (Polo 1900: 31-32).

Polo justifica el detenido espacio que dedica a analizar la religión, dado que los grabados del monumento estudiado tendrían un claro sentido religioso, al punto que el ídolo allí representado sería el propio dios Sol. Los colmillos y las culebras que observa tendrían también su propio significado. Los primeros estarían aludiendo a las cuatro estaciones, mientras que las segundas representarían a los Incas con sus respectivas coyas (Polo 1900: 37-39). Así, los grabados estarían expresando muy bien que la divinidad tutelar, oficial del Tahuantinsuyu, fue el Sol, y la piedra habría sido colocada en El Castillo para simbolizar la duración del imperio y asegurar la paz y alianza de los pueblos (Polo 1900: 44).

Las anteriores afirmaciones muestran el nivel de especulación que podían alcanzar estos historiadores. A la luz de las actuales investigaciones, mucho de lo postulado por Polo no puede sostenerse. Según Kauffmann, el hecho de que insistiese en encontrar semejanzas entre las culturas del Asia con las americanas, le impidió hacerse preguntas más inmediatas e importantes como las probables relaciones de Chavín con Tiahuanaco, que ya Raimondi había sugerido. Por otra parte, las posteriores interpretaciones que sobre la Estela se han hecho, invalidan el supuesto origen incaico y la simbología que Polo pretendió encontrar. Asimismo, los dibujos que presenta del Lanzón son muy imperfectos (Kauffmann Doig 1964: 199-200).

Sin embargo, no debemos olvidar que esta monografía representó el primer estudio serio de la cultura chavín; que fue Polo quien acuñó el nombre de Lanzón Monolítico para definir ese resto arqueológico, que es el que hasta hoy utilizamos; y que sí acertó al indicar que este monolito debía tener alguna relación con los símbolos de la Estela. Más aun, el dibujo que publicó sobre esta última fue un diseño bastante cercano a la realidad. Según el propio Kauffmann Doig (1964: 198): “la mayoría de los dibujos de la Estela Raimondi, inclusive los publicados en los estudios de Tello, han sido copiados o reproducidos del dibujo de Polo”.

Finalmente, resulta revelador que hacia finales del siglo XIX, el pasado prehisánico concitase de este modo la atención y que empezase a comprenderse que la sola lectura de las crónicas no bastaba para su estudio, en momentos en los que la arqueología aún no había desarrollado a cabalidad métodos estratigráficos y de reconocimiento de diversos “estilos”. Además, en esta monografía de Polo está presente un inicial interés etnográfico.¹⁴

14 José de la Riva-Agüero (1918: 130) criticó esta monografía por estar “recargada con fantasías etnográficas y arriesgadas conjeturas por el estilo de las de Patrón”.

Los uros del Perú y Bolivia

En 1901, Polo vuelve a ocuparse del tiempo anterior a la llegada de los españoles, al dedicarle un artículo a los uros del Perú y Bolivia. Polo comienza, como es característico en la época, por describir el espacio geográfico que habitaron los uros, quienes estuvieron ubicados a orillas del río Desaguadero y del lago Titicaca.¹⁵ Después se ocupa de sus costumbres, para finalmente ofrecer un vocabulario de su lengua.

Polo emplea una metodología que, en lenguaje moderno, podríamos denominar trabajo de campo, que nos retrata —una vez más— la importancia que ya desde entonces se le asignaba a la investigación etnográfica. Él fue hasta el lago Titicaca, cuando por razones de su empleo se encontraba en Puno, como visitador de los colegios del sur del país. Allí recogió de boca de los propios pobladores las palabras del vocabulario que consigna. Este vocabulario está compuesto por más de 300 palabras y varias “frases frecuentes” (Polo 1901: 21-37). Señala también algunas características propias de la lengua uro: la presenta como aglutinante, nos dice que el adjetivo se antepone al sustantivo sin importar el género, y que las palabras de esta lengua son básicamente llanas o graves (Polo 1901: 37-40). José de la Riva-Agüero (1918: 130) consideró que esta monografía, “no obstante algunas etimologías peregrinas y arbitrarias, es para mí la mejor de todas las suyas conocidas”.

Al reconstruir la historia de los uros, Polo lo hace siguiendo las impresiones que de ellos han dejado los cronistas, aunque se lamenta de que no hayan merecido la debida atención. Cita básicamente a Acosta, Oviedo, Garcilaso y Calancha. De este modo nos informa que vivían de la pesca y que eran tan pobres “que tributaban a los incas cañas de piojos” (Polo 1901: 3). Es decir, considera que son poblaciones anexadas al Tahuantinsuyu y que por esta misma razón debían tributarle. Por otro lado, cree que su origen no es quechua ni puquina y que su lengua tampoco está emparentada con la de los llamados changos (Polo 1901: 12-15). Tendrían, pues, un origen particular.

Luego describe a los uros de entonces, deteniéndose en su aspecto físico, vestimenta y alimento. Nos dice, por ejemplo, que son de mediana estatura,

“cargados de espaldas y regordetes los más, con brazos y piernas muy desarrollados y musculosos; frente estrecha y pómulos salientes ... color hosco, más oscuro y tostado que el de los otros indios; son sanos y vigorosos de cuerpo” (Polo 1901: 17).

Al ocuparse de sus costumbres y de lo que podríamos llamar características psicológicas, podemos notar en sus afirmaciones una valoración que revela algunos prejuicios propios de la época. En general los considera flojos y

“con un semblante sin vida, que revela su escasez [sic] de sentimiento é ideas: indolentes pasan los días en sus balsas, ... hasta que la lluvia o las tempestades los obligan a guarecerse en sus cuevas ó chozas” (Polo 1901: 17).

Finalmente, a partir de sus observaciones de campo concluyó que los uros se conservaban en “estado primitivo”; y que a pesar del dominio de los incas, de la

15 Para mayores detalles véase Dager Alva (1997: 267-79).

llegada de los conquistadores y de la civilización, “son hoy tan torpes y agrestes como entonces”. Esta conclusión nos hace ver que Polo piensa que los uros no han logrado adaptarse al “progreso”. Y es que, como hombre de su época, está influido por conceptos relacionados con la noción de un progreso evolutivo lineal, donde lo posterior es siempre más civilizado que lo inmediatamente anterior, imbuido de las teorías spencerianas en boga en esos tiempos.

La historia incaica y la crítica al *Diccionario* de Mendiburu

Varios artículos de José Toribio Polo aparecieron en *El Comercio* desde abril de 1878, en los cuales criticaba los tomos del *Diccionario histórico-biográfico* del general Manuel de Mendiburu a medida que iban siendo publicados. En esta ocasión vamos a detenernos sólo en las críticas referidas a la metodología empleada por Mendiburu para estudiar el Tahuantinsuyu. Vale la pena, sin embargo, recordar antes el verdadero significado de la crítica de Polo, pues ésa fue la obra que —para bien o para mal— lo hizo más conocido.

Lo primero que al respecto debemos decir es que cuando Polo reunió todos estos artículos y los publicó en el folleto independiente titulado *Historia Nacional*, tuvo la honradez intelectual de incluir la única respuesta que mereció de Mendiburu. Además, en 1894 Gabriel Moreno resumió muy bien, en su *Biblioteca Peruana*, el peso de la obra de nuestro personaje cuando afirmó que “Polo formula observaciones sustanciales las más y nimias algunas”. Aunque, también sentenció una verdad universal: “lo cierto es que conforme al dicho vulgarismo es más fácil criticar que componer”¹⁶.

Por otro lado, es muy cierto que muchas de las críticas de Polo, en especial las referidas a la época colonial, adquirieron un carácter exclusivamente erudito, en donde la preocupación central estuvo en el corregir fechas y agregar nombres, y es difícil encontrar una formulación interpretativa. Asimismo, el tono utilizado en varias ocasiones por Polo podría dejar la impresión de que lo académico estuviese subordinado a determinadas razones personales, a pesar de que él lo niega enfáticamente en más de una oportunidad. Nosotros creemos que debido a esas razones personales, Polo no fue lo suficientemente justo con el trabajo de Mendiburu. Si bien afirmó en su primer artículo que la obra merecía el bien de la patria, tal vez le faltó reconocer en los siguientes, más expresamente, su real mérito. A medida que publica sus artículos, Polo es cada vez más duro con el *Diccionario* del General, y aquí ingresan las razones de carácter personal. Sucede que la crítica especializada de la época no prestó demasiada atención a sus comentarios, y por el contrario, los condenó al silencio, ensalzando más bien a Mendiburu, sugiriendo que habría en Polo oscuras intenciones al criticar lo que sólo merecería alabanza.¹⁷

16 En el artículo que publicó en *La Prensa* a propósito de la tesis de Riva-Agüero, Polo (1910) citó textualmente los conceptos de Moreno sobre su obra por su necesidad de reconocimiento. De ahí hemos extraído las anteriores frases.

17 Puede consultarse un análisis de esta obra y de la personalidad de José Toribio Polo en Dager Alva (2000: 61-81, 149-55).

Son probablemente esas razones personales las que llevaron a Polo a insinuar, sin probarlo jamás, que Mendiburu habría plagiado a Manuel Calderón, lo que le resta objetividad académica a su trabajo. Pese a todo lo anterior, a nuestro entender, esta obra de Polo es particularmente interesante porque indudablemente expresa diferencias académicas poco conciliables entre dos formas distintas de entender la metodología histórica. En este sentido, es preciso reconocer que Polo sí acertó en críticas fundamentales. Los comentarios respecto de las fuentes documentales y bibliográficas, así como la ácida oposición referida a la manera en la que Mendiburu estudió la época incaica, conservan incluso hoy su validez, y nos permiten apreciar a José Toribio Polo como un historiador en camino a entender la disciplina histórica más científicamente.

Polo comienza su crítica a la obra de Mendiburu refiriéndose a las fuentes documentales y bibliográficas usadas por el General, lo que nos permite verle como un historiador metodológicamente más moderno que Mendiburu. A propósito de los “documentos” que el General solía consignar al final de cada uno de los tomos del *Diccionario*, Polo afirma:

“Aunque el valor propio de la palabra documento es el de escritura ó instrumento con que se conforma o prueba alguna cosa, el señor de Mendiburu aplica ese nombre a trabajos formados por él o por otros ... aunque no sirvan de comprobantes o pruebas de sus dichos” (Polo 1891: 38).¹⁸

Más aún, Polo le critica que, cuando cita verdaderos documentos, éstos son en muchos casos ya conocidos, con lo cual nuestro autor demuestra una exigencia propia de su erudición y de la importancia que se le otorgaba en la época a los hallazgos documentales. Asimismo afirma que Mendiburu no utiliza notas a pie de página y que algunas de sus citas son libres, lo que le parece una falta de seriedad en el trabajo histórico, ya que:

“Los trabajos bibliográficos modernos son tan prolijos, que se fijan con esmero las diversas ediciones de una obra, las variantes del texto; indicando el depósito de los códices, sus marcas y señales (...), *porque se ha comprendido, al fin, la importancia de las citas fieles y escrupulosas; y porque en esto reposa la autoridad del historiador y del crítico*, que adquieren por tal medio títulos duraderos é irrecusables para ser creídos” (Polo 1891: 15; subrayado nuestro).

Polo se lamenta de que el General, al ocuparse de los incas, haya seguido casi solamente a Garcilaso pues, según nuestro autor, en esa obra se encontraría “la mitología del imperio incásico con pretensiones de historia” (Polo 1891: 28). Para estudiar la historia incaica se hace necesario, según él, además de la revisión de los cronistas, un estudio serio de las lenguas, las ruinas, las huacas, etc. Criticando duramente la visión de Mendiburu, lo dice de la siguiente manera:

18 En efecto, dentro del apéndice “Documentos”, Mendiburu en algunos casos colocaba cuadros o trabajos formados y redactados por él, como aquél en el que biografaba a los Incas (1874-90, V: 421-25).

“en la actualidad no se admite la leyenda, sino *se interpreta*: se exploran las huacas y ruinas, se estudian las lenguas ó sus fragmentos, y *se reconstruye la historia*” (Polo 1891: 29; el subrayado es mío).

Analizada la época prehispánica de esta manera advertiremos, afirma Polo (1891: 28-29), que la dominación que los incas impusieron no causó una total transformación en las costumbres sociales, religiosas y políticas de la población andina preexistente, afirmaciones que son coherentes con las que vimos en su “*pie-dra de Chavín*”. Por otra parte, advierte del riesgo que representa, a la hora de conformar la historia incaica, creer al pie de la letra lo que dice Garcilaso, pues su obra sería sólo “*mitología*”. Otro caso interesante se encuentra en el hecho de que Polo (1891: 29) niegue que Atahualpa haya mandado a asesinar a Huáscar. Él considera que Mendiburu, en este aspecto, sigue las versiones que quieren “*conci-tar horror y odio contra la víctima, y disculpar la saña de los conquistadores*” (1891: 29). Polo, pues, está atento al interés con el que se habrían escrito algunas crónicas. De algún modo u otro, intuyó que en las crónicas abundan las interpretaciones de sus autores. Ciertamente, no queremos decir que Polo haya sido un teórico precursor en cuestionar la validez de las crónicas como fuente histórica, dado que él mismo muchas veces siguió fielmente a los cronistas;¹⁹ pero lo que sí parece ser cierto es que en él está presente una duda en cuanto a que el historiador pueda encontrar en esos documentos la total certeza a fin de realizar la historia del Tahuantinsuyu.

También le interesa a Polo averiguar acerca del origen de los incas, en lo que observamos otra vez diferencias entre estos dos autores. Respecto al anterior punto, el general Mendiburu llegó a sostener:

“Se han referido algunas fábulas en cuanto a la creación de esta Monarquía, dándola hasta seiscientos años de antigüedad; mas son inútiles las investigaciones desde que una densa oscuridad impide ver objetos extraños a la tradición o que no están en armonía con ella” (Mendiburu 1874-90, V: 421).

Polo, quien pertenece a una nueva generación más preocupada por el pasado prehispánico, inclinada a estudios etnográficos, inquieta por conocer los nuevos adelantos al respecto, le dice a Mendiburu, no sin sorna:

“La ciencia moderna que descifra los geroglíficos [sic] y los caracteres rúnicos y cunei-formes, que lee los papiros, que exhuma las ciudades, que arranca al Asia sus secretos: ¿se contentará con oír que son inútiles las investigaciones sobre los incas?” (Polo 1891: 29).

A modo de conclusión

Al estudiar el periodo prehispánico, José Toribio Polo adoptó el esquema spenceriano, lo que fue ciertamente común en su época. En esos trabajos hubo intereses etnográficos y etnolingüísticos. También se utilizó la geografía con el fin de

19 Un ejemplo de lo que decimos, referido a la historia incaica, está dado por el hecho de que Polo recurre a Cieza para demostrarle a Mendiburu que Atahualpa “no era espurio sino legítimo heredero del trono de Quito” (1891: 30).

ilustrar el contexto en el que se desarrolló la sociedad andina estudiada. En general, en esas investigaciones, Polo y sus historiadores contemporáneos intentaron explorar los diversos grados de “progreso” alcanzados, lo cual los llevó a sostener afirmaciones que nos revelan prejuicios propios de la época y que son resultado de una visión del mundo occidentalizante, universal y que entendía el progreso lineal como un suceso que debía proseguir necesaria e indefinidamente. Una de las características del positivismo decimonónico fue, pues, el uso del evolucionismo de Spencer. Pero Polo, al igual que los historiadores del siglo XIX, no fue en puridad positivista, ya que en sus trabajos sobre la época prehispánica especuló mucho más de lo que un positivista hubiese suscrito.

Por otro lado, el análisis de los comentarios críticos de José Toribio Polo a la obra de Manuel de Mendiburu nos lo muestra como un historiador metodológicamente más moderno que sus antecesores y por ello con mayor precisión bibliográfica y documental. Además, Polo postuló que en las investigaciones referidas a la época incaica era necesario recurrir a otras fuentes fuera de las crónicas, cuestionar la validez absoluta de algunas de ellas, y, por ejemplo, realizar trabajos de campo. En suma, era necesario “reconstruir la historia”. La interpretación del historiador aquí, para él, juega un papel importantísimo, tanto que por eso a veces especula demasiado.

Todo lo anterior nos refleja que José Toribio Polo perteneció a una generación de historiadores de transición entre una historia *amateur* y una más científica. Por lo tanto fue ecléctico: editó documentos, trabajó eruditamente, interpretó, enalteció, juzgó y especuló. No siguió un esquema teórico claro. En su obra encontramos métodos históricos diferentes, que expresan el cambio y la continuidad propios del momento. Cambio y continuidad son nociones que debemos seguir trabajando para entender los años iniciales de nuestra vida republicana; y, ciertamente también, para analizar la producción de nuestros primeros historiadores.

Bibliografía

Fuentes impresas

Odrizola 1863-77, X y XI.

Fuentes secundarias

Basadre s.f., 1961-64, V, VI, VII y VIII.

Belaunde 1987.

Burns 1978.

Collingwood 1990.

Dager Alva 1996, 1997, 1999, 2000.

Encina 1935.

Fueter 1953.

González de la Rosa 1879.

Gooch 1942.

Guerra 1989.

Guerra Martinière 1994.

Kauffmann Doig 1964.

Lorente 1879.

Mendiburu 1874-90, II, III y V; 1931-34.

Olivas 1941.

Palma 1951.

Pease G.Y. 1986a, 1987, 1993a.

Polo 1870, 1891, 1900, 1901, 1910.

Porras Barrenechea 1954.

Riva-Agüero y Osma 1918, 1965b.

Rivera Serna 1980.

Salazar Bondy, 1965, 1967.

Sobrevilla 1980.

Spencer 1885.

Vargas Ugarte 1959.

Varillas Montenegro 1992.

Vásquez 1996.